

## LEYENDAS DE GORBEA

POR RUBÉN LAS HAYAS

Ya hace un buen rato que ha anochecido cuando por un estrecho camino de Gorbea, llegamos a una chabola pastoril. Se ha levantado un viento frío y como en ella se ve una tenue claridad, decidimos entrar por si nos es posible cenar dentro cómodamente y luego poner la tienda de campaña allí cerca. Dentro ya, encontramos a un pastor de avanzada edad que con una manta sobre los hombros y cerca del fuego, come un poco de tocino con un buen trozo de pan. Sin quitarnos las mochilas, mi compañero y yo, le saludamos y le ponemos al corriente de nuestras intenciones a lo cual accede gustoso, ofreciéndonos asiento junto al fuego.

La cena ha transcurrido tranquila, en amena conversación con el pastor, que según nos ha dicho es de Orozco. La chabola es muy rústica. Un camastro con unas mantas adosado a la pared, cubre el fondo y en el extremo opuesto, una chimenea recoge el humo de unos troncos que se consumen lentamente. Sobre la pared cuelgan utensilios varios que utilizará para preparar sus condimentos y en una esquina encima de un montón de leña, colocadas en una pequeña balda de madera, se ven unas cuantas piedras lisas.

Como nos han llamado un poco la atención estas últimas, le preguntamos por su uso. Nos dice, que son piedras que usaban ya hace bastante tiempo para cocer la leche, y ante la cara de extrañeza que hemos debido poner, nos lo explica más detalladamente.

—Antiguamente los pastores usaban vasijas de madera, cuero y también cuernos de buey, pues usar vasijas de cerámica era más molesto y de más fácil rotura. Para hervir pues la leche en estos recipientes, calentaban en el fuego las citadas piedras; mientras se calentaban, hacían una hendidura en el extremo de un palo, colocando dentro una astilla para poder usarlo como horquilla, con la cual asir las piedras. Tomaban una de éstas cuando estaba al rojo, la introducían en la leche, sacándola al de breves momentos y repetían la misma operación con las demás hasta que la leche se ponía a hervir. El tener la piedra sólo un momento dentro de la leche era para evitar que se descompusiera, lo cual daría un mal sabor a la leche.

Nos cuenta referente a esta antigua costumbre, una leyenda de las muchas que existen por nuestro país.

—Cuentan que en cierta ocasión, un pastor que habitaba en una pequeña choza, tenía la costumbre de dejar los cantos todavía calientes en el hueco de

una piedra y que todos los días iban brujas a sentarse sobre ellos. Cansado por estas molestas visitas decidió poner fin a ellas. Un día tomó las piedras al rojo y sin meterlas en la leche las puso fuera; las brujas se sentaron sobre ellas retirándose al instante dando quejidos de dolor. Sus compañeras las preguntaban, quién las había hecho daño y ellas contestaban: «Neuk nerek» (yo misma).

Mientras habla, sus ojos brillan bajo el reflejo de las llamas del fuego y una expresión alegre le llena el rostro, por lo cual le rogamos que nos siga contando las leyendas que conozca referentes a estos montes de Gorbea, pues según tenemos entendido ha sido uno de los lugares donde según las creencias populares han existido más brujas, lamiñas, sorgiñas y toda clase de genios malignos. Para complacernos empieza contándonos una referente a las brujas y lamiñas que habitan en la cueva de Supelegor de Itxina.

—Según la leyenda es esta cueva la morada que tiene la Dama de Amboto cuando cada seis años se traslada a Gorbea, señalando además que con ella viven sus servidoras, otras brujas y lamiñas, que aparecen con frecuencia en forma de buitres. Pues bien, cuenta la leyenda, que un pastor construyó su choza cerca de la cueva, tomando la precaución de colocar en la entrada de ésta, cruces y cera bendita. Al poco tiempo aparecieron gran cantidad de buitres que posándose sobre la choza le hostigaban para que quitase de la cueva todo lo que había colocado. Y el pastor no tuvo más remedio que retirarlo no siendo en adelante molestado más.

De las lamiñas nos dice que suelen tener cuerpo de mujer y pies de garras, y que muchas sedujeron a pastores y mozos de caseríos, hasta que estos se fijaron en sus pies. Así nos cuenta el caso de un joven del barrio de Urigoiti.

—Se hallaba éste un día caminando por Itxina cuando se encontró con una hermosa joven que le hizo proposiciones de matrimonio. El joven bajó a su caserío y lo consultó con su madre, quien le aconsejó que se fijara en los pies de la mujer. Vuelto de nuevo al monte, comprobó que en lugar de pies tenía garras, por lo cual decidió dejarla.

Algún tiempo después enfermó y murió el muchacho, y sucedió que la lamiña bajó a su casa llevando una mortaja plegada dentro de una cáscara de nuez, volviéndose después al monte.

Cuentan también de un individuo del mismo barrio de Urigoiti, y del caserío de Arkotxa, que robó a una de estas lamiñas una aventadora y un peine, ambos de oro y que por las noches se presentaba en su caserío y desde la ventana de la cocina decía:

Emoiten esposu artzie ta orrasie,  
Nik kenduko deutzut Torrontegi'ko mintegie.  
(Si no me das la aventadora y el peine  
Yo te quitaré el vivero de Torrontegui.)

Le ofrecemos una vez más la bota de vino y le animamos a que siga con sus relatos que nos interesan vivamente.

Nos habla a continuación del «baxajaun». Es éste un ser maligno que habitaba en lo profundo de los bosques. Se le supone de una estatura y fuerzas gigantescas, de gran agilidad y con cuerpo de forma humana recubierto totalmente de pelo. De estos baxajaunes, nos cuenta, que en cierta ocasión un vecino de Ceánuri estaba cortando leña en el bosque y cuando empezaba a hacer una hendi-

dura en el tronco se le apareció un baxajaun que le indicó que fuese con él. El hombre, muy apurado, no sabía qué hacer y le vino a la memoria una manera de fugarse.

—Espera un poco, dijo al baxajaun, para acabar de partir este tronco a fin de que luego se lo lleven los de casa. Para terminar antes, ayúdame. Mete las dos manos en la hendidura, haz fuerza para ensancharla, poder sacar el hacha y darle otro golpe.

Lo hizo así el baxajaun y al sacar el hacha le cogió los dedos en la hendidura, quedando aprisionado mientras el otro se fugaba.

Da otro tiento a la bota y nos habla ahora de las apariciones de extraños toros en los que la creencia popular ve encarnado el genio del mal o bien de almas condenadas. Pues bien uno de éstos toros apareció en Gorbea de la siguiente manera:

—En una cueva de la peña de Atxulaur, en el lado oriental del ojo Atxular, vivió un ladrón que tenía amasada una gran fortuna en oro producto de sus robos. Un día fue apresado en Francia y antes de morir declaró el lugar donde escondía su botín. Así que después de su muerte aparecieron por aquí unos forasteros que fueron a la cueva para apoderarse del tesoro, encontrándose en la entrada con un extraño toro que echaba fuego por la boca y por las narices, impidiendo que se acercasen al tesoro. Algún tiempo después volvieron de nuevo con los huesos del difunto y los depositaron en la cueva, pudiendo de esta manera llevarse el dinero, pues el toro que era el alma del ladrón no volvió a aparecer.

Una de las creencias que yo conozco es la de que en muchos sitios de nuestro país existen tesoros enterrados; así en el monte Ereñozar se cree que hay un idinarru (pellejo de buey) lleno de oro; en el Goikogane, un pellejo de cabra; en el Igozmendi, una campana de oro; en el Saibi un tesoro, que dicen que se halla en un lugar desde el cual se ve la luz de la lámpara del Santuario de Urkiola y así en otros muchos lugares. Por esto, le pregunto si conoce él alguna referente a éstos montes de Gorbea.

—Ciertamente, nos dice. Así en el dolmen de Pagozarreta, loma situada en la ladera del Odoriaga, se cree que contenía dinero y en la cueva de Mairuelegorreta se cree que hay oro enterrado; fundándose en esto hace años unos aldeanos estuvieron cavando, con la esperanza de encontrarlo y prueba de su infructuoso trabajo son los hoyos hechos en el suelo.

Comentando esta última ocurrencia y en vista de lo avanzado de la hora decidimos ir a acostarnos pues el sueño nos hace casi entornar los ojos. Mientras mi compañero sigue charlando con el pastor, yo salgo fuera de la chabola. En este momento algo cruza el cielo dejando una estela luminosa. De repente tuerce y se dirige hacia abajo, ¡es una bruja! Quiero correr y no puedo, ¡se me hecha encima!...

Me he despertado. Estoy tumbado debajo de una encina sudoroso y en las manos abierto en la última página, tengo un libro: El mundo en la mente popular vasca (Creencias, cuentos y leyendas) por José Miguel de Barandiarán y colaboradores.

Cierro el libro, me pongo en pie y me dirijo hacia la tienda de campaña en que quince jóvenes vestidos de kaki pasamos tres meses de «veraneo».